

EDICIÓN
IMPRESA

Ciento setenta poemas chinos

Varios autores

Edición de Lucía Carro Marina. Biblioteca Nueva. Madrid, 1999. 225 páginas, 1.800 pesetas

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN | Publicado el 18/07/1999



Tras pasar de una mano a otra, de un siglo a otro, ¿qué permanece en estos poemas chinos de la poesía original? No lo sabemos, pero sí que queda suficiente poesía como para resultar un volumen fascinante. ¿Es posible traducir poesía?, se preguntan aún los muy sabios y los muy ingenuos para los que la evidencia - las múltiples evidencias que llenan las bibliotecas- no constituyen suficiente argumento. Y no sólo es posible, sino que en algún caso la traducción vale tanto como una obra original en la lengua de llegada y puede, a su vez, ser traducida. Omar Jayyam es un poeta persa que vivió entre los siglos XI y XII, pero es también, gracias a Edward Fitzgerald, un poeta inglés del siglo XIX; los poetas de Al-Andalus, gracias a Emilio García Gómez, son también coetáneos de Lorca.

Las rubaiyatas de Jayyam deslumbraron al mundo a partir de la versión inglesa de Fitzgerald; los Poemas arabigoandaluces, reescritos en español por García Gómez, pasaron luego, confesada o tácitamente, a muchas otras lenguas. Algo semejante ha ocurrido con las traducciones de poesía china de Arthur Waley: Marià Manent las convirtió en admirables poemas catalanes, Octavio Paz en memorables versos españoles. En 1918 publicó Waley una antología con el título de Ciento setenta poemas chinos: es la que ahora nos ofrece en español Lucía Carro Marina. Con alguna incongruencia de criterio: “Waley era consciente, y así lo escribió, de que la poesía traducida literalmente deja de ser poética”; ella, sin embargo, trata de ser lo más fiel posible a la versión de Waley, aun con riesgo de ser demasiado literal.

Tras pasar de una mano a otra, de un siglo a otro, ¿qué permanece en estos poemas chinos de la poesía original? No lo sabemos, pero sí que queda suficiente poesía como para resultar un volumen fascinante. No importa que el lector a veces se sienta tentado a hacer de corrector de estilo, a aclarar ciertas referencias, a eliminar algún enojoso diminutivo.

Así termina Carro Marina el poema “Mujer”, de Fou Hian, uno de los más conmovedores alegatos feministas que se hayan escrito nunca: “Ellos que una vez fueron como la sustancia y su sombra/se encuentran ahora tan lejos como Hu de Ch’in./ Aun así Hu y Ch’in se encontrarán antes/ que aquellos cuya separación es como la de Ts’an y Ch’en”. Octavio Paz aclara el jeroglífico: “Fueron un día como el cuerpo y su sombra,/ hoy son como los chinos y los hunos./Pero chinos y hunos a veces se concilian./Ellos, como Shen y Shang, al girar se separan”. Claro que Octavio Paz no sólo traduce del inglés a un castellano más poético y preciso que el de Elena Carro Marina, a veces traduce a su idiolecto particular. “La cara de ella cambiará con los años”, leemos una versos antes; “su rostro es la escritura de los años”, traduce Paz.

Pero hay en esta nutrida colección suficiente materia de emocionado deslumbramiento como para no echar en falta primores de estilo. El libro se divide en dos partes, desiguales en extensión e intención. La primera resume mil años de poesía china; la segunda se dedica íntegramente al poeta Po Chö-I (772-846). Muchos son los pasajes inolvidables, tanto en una como en otra parte. Ya me he referido al poema “Mujer”: “¡Qué triste es ser mujer!/ Nadie se alegra cuando nace una niña” (en el libro Segunda mano, de Víctor Botas, se

encuentra la mejor versión); hablan otros textos de la separación, de la amistad, del paso de los años o de las estaciones... Es muy posible que la imagen de la poesía china que nosotros tenemos sea muy diferente de la que ofrecen los textos originales. Carro Marina comienza su prólogo hablándonos de “las limitaciones de la poesía china”. Durante la dinastía Tang, la época más gloriosa, “la poesía se convirtió en el vehículo, no de las emociones del poeta, sino del lucimiento de sus conocimientos clásicos”. Ni siquiera Li Po escaparía a esa regla: cuando nos parece que está expresando sus sentimientos y su visión del mundo, lo que hace son ejercicios de estilo, bizantinas variaciones sobre poemas anteriores. El arte es ilusión: el poema de Li Po que nos admira no lo ha escrito Li Po; lo escribe el lector en colaboración con los traductores del poeta.

Curiosamente, en estos Cientos setenta poemas chinos no se encuentra ningún poema de Li Po. El poeta más representado es otro grande de la poesía oriental, Po Chö-I, quizá el más variado y popular de los poetas chinos, el menos gongorino, el más alejado de los refinamientos mandarinescos. Su sencillez verbal sorprendió tanto que llegó a inventarse una leyenda: todo lo que escribía se lo leía a una campesina analfabeta y corregía cualquier verso que ella no pudiera entender. Poeta satírico, poeta didáctico, poeta lírico, Po Chö-I tocó los más variados tonos y de cualquiera de ellos se encuentran admirables ejemplos en este libro: “No hay hombre que no tenga su especial debilidad/y mi debilidad consiste en escribir versos./ He roto las mil ataduras que me unían a la vida,/ pero esta flaqueza me persigue./ Cada vez que miro las montañas,/ cada vez que me encuentro con un amigo,/ levanto la voz y escribo en el aire unos versos/ y me siento tan alegre como si un dios se hubiera cruzado en mi camino”.

Lucía Carro Marina invita al lector a jugar con el inagotable y deslumbrante caleidoscopio de la poesía china, tan vieja y tan nueva; sus versiones no resultan siempre inmejorables, pero eso forma parte de su encanto.